



desarrolló en un escenario que presentaba múltiples vías de inserción institucional para la acción de unos “pioneros culturales” —la expresión de la autora es muy afortunada— que presentaron proyectos para conducir la Argentina, situando alternativamente la redención en la cultura, la ciencia y la política, y ocupando puestos institucionales de importancia a partir del trascendental período abierto en la década de 1880.

Tal como recoge François Dosse en *La Apuesta biográfica*, Walter Benjamin afirmó que “la vida de un individuo está contenida en una de sus obras, en uno de sus hechos y que en esta vida hay una época entera”. Una parte importante de la potencia sugerente de esta frase se puede encontrar en las páginas de este libro. Éste es un gran mérito que hace de este libro una lectura de referencia para comprender un poco mejor la Argentina del cambio de siglo.

Maximiliano Fuentes Codera
(Universidad de Girona)

A propósito de Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coords.), Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2012, 352 pp.

En su rol de coordinadores del Seminario de Historia Intelectual de América Latina (siglos XIX-XX) de El Colegio de México, Alejandra Pita González y Carlos Marichal Salinas han impulsado diversos encuentros destinados al análisis y discusión de problemáticas relativas al estudio de las ideas y los intelectuales latinoamericanos. Un primer resultado de ese esfuerzo colectivo se materializó en el libro *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX* (2004), el cual aborda el modo en que distintos intelectuales y políticos latinoamericanos pensaron la identidad de América Latina a lo largo del período escogido. *Pensar el antiimperialismo* constituye una suerte de segundo eslabón en el camino por explorar indagaciones intelectuales sobre la identidad latinoamericana partiendo, en este caso, de la centralidad que adquirió el imperialismo en los intentos por definir la especificidad de América Latina.

Ahora bien, si la pregunta por la identidad y originalidad de la región ha sido una de las constantes de la historia del pensamiento latinoamericano desde los albores de la vida

independiente, en este caso el estudio se ciñe al período entre 1900-1930. Este recorte temporal encuentra su razón en un intento por ilustrar cómo la política expansionista desplegada por los Estados Unidos hacia la región desde finales del siglo XIX operó una transformación en las formas de concebir a la gran nación del norte que moldeó a su vez nuevas miradas sobre América Latina. Así, la noción de Norteamérica como modelo de civilización era reemplazada por la del gran coloso del norte cuyo avance sobre los países de la región constituía un serio peligro para la soberanía y el progreso de los países latinoamericanos. Consecuentemente, el diagnóstico acerca de las dificultades que experimentaba América Latina para consolidar su camino hacia el progreso dejaban de ser asociados a los males intrínsecos y constitutivos de la región —raza y medio, entre otros— para colocarlos en factores externos: el imperialismo yanqui. En torno a esta reconfiguración en los modos de pensar a Norteamérica y su relación con las naciones latinoamericanas emergieron una serie de discursos críticos que la historiografía ha englobado bajo la categoría de “antiimperialistas”.

Este planteo, aludido aquí en forma muy esquemática, es el que funda y ordena la empresa que coordinan Pita González y Marichal Salinas en tanto ésta se presenta como un intento por rescatar una serie de autores y textos claves que, desde distintos enfoques ideológicos, estéticos y analíticos, han tenido como temática común al imperialismo norteamericano. De allí que esta obra se emparene con el clásico estudio de Oscar Terán —“El primer antiimperialismo norteamericano”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986— en su intento por ampliar el corpus de autores entonces presentado por ese investigador. En consonancia con ese interés, *Pensar el antiimperialismo* ha recortado, del amplio espectro que componen los escritos e intelectuales críticos del expansionismo norteamericano del período, las formulaciones esgrimidas por Paul Groussac, Carlos Pereyra, Isidro Fabela, Salvador Mendieta, Máximo Soto Hall, Luis Araquistain, Alberto Ghirardo, Joaquín Edwards Bello, Manuel Seoane, Scott Nearing y Joseph Freeman. Cabe aquí destacar que los textos originales de estos autores han sido digitalizados e incorporados a la página *Web* del Seminario en una apuesta por facilitar el acceso y la difusión de estas obras del pensamiento latinoamericano (ver: sección “Biblioteca digital” en <http://shial.colmex.mx/>)

Antes de referir a los ensayos incluidos en el libro resulta pertinente examinar el modo en

que en él Pita González y Marichal Salinas han abordado la cuestión del antiimperialismo. A fin de discutir su identificación con el nacionalismo “más craso”, los organizadores del volumen enfatizan que las formulaciones críticas del expansionismo norteamericano han carecido de homogeneidad ideológica, conceptual e instrumental. Es por ello que advierten contra la asignación a priori de significados posibles, y auspician —retomando una propuesta de Martín Bergel— un acercamiento al antiimperialismo como un *concepto flexible* que permita dar cuenta de su diversidad de significación. Si este supuesto queda evidenciado en el tratamiento de los textos incluidos en el libro, los coordinadores se preguntan si es posible encontrar un principio de unidad que ordene los distintos discursos antiimperialistas correspondientes al período bajo estudio y, para ello, exploran los conceptos de género y generación sopesando su utilidad para tal propósito.

El examen de los autores y textos antiimperialistas seleccionados para esta ocasión se abre con un trabajo de Paula Bruno sobre el intelectual francés radicado en Argentina: Paul Groussac. La autora recompone la trama de significaciones con que esta figura organizó su valoración acerca de España y Estados Unidos para centrarse en los desplazamientos que la intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana de 1898 operó sobre aquellas consideraciones. La radicalización de su crítica hacia Norteamérica conjuntamente con la reivindicación de un legado hispano antes denostado permite inscribir, señala Bruno, a Groussac dentro del registro del primer antiimperialismo latinoamericano. En el segundo artículo, Andrés Kozel y Sandra Montiel analizan las reflexiones del historiador mexicano Carlos Pereyra en torno a la política exterior norteamericana. A partir del contraste entre una serie de textos del autor fechados entre 1905-1908 y su obra *El Mito de Monroe* (1916) buscan resaltar las transformaciones en el posicionamiento de Pereyra desde su inicial defensa del panamericanismo hacia su posterior denuncia que lo enmarcaría en la estela de los discursos antiimperialistas abiertos tras la guerra del 98. El siguiente estudio corresponde a Luis Ochoa Bilbao quien aborda la figura del intelectual, político y diplomático mexicano Isidro Fabela y su obra *Estados Unidos contra la Libertad* (1918). El trabajo que emprende el autor no se reduce a un mero análisis textual de un libro que aspiraba a ser una historia del imperialismo norteamericano sino que intenta reconstruir el sentido implicado en una obra realizada por un funcionario del gobierno de Venustiano Carranza que tenía por misión obte-

ner el reconocimiento internacional del México constitucionalista. Luego, Margarita Silva H., estudia el proyecto unionista centroamericano a partir del itinerario del nicaragüense Salvador Mendieta y del análisis de sus trabajos *Páginas de Unión* (1903) y los tres tomos de *La enfermedad de Centro América* (1^o T: 1912 - 3^o T: 1934). Atendiendo a la influencia que el positivismo, la teosofía y el naturalismo de Zola ejercieron sobre este intelectual, la autora da cuenta de la relevancia que Mendieta asignó al proyecto de Unión Centroamericana para consolidar la zona como nación y emprender su regeneración social. En quinto lugar, María Oliva Medina examina tres obras del guatemalteco Máximo Soto Hall publicadas en 1899 y 1927-1928 con el propósito de señalar el modo en que la problemática de la expansión norteamericana penetró sus ensayos y escritos literarios y el modo en que éstos permiten dar cuenta de la evolución conceptual del imperialismo. Por su parte, Blanca Mar León Rosabal se detiene en la trayectoria intelectual de Luis Araquistain y en el análisis de su libro *La agonía antillana* (1928) en el cual el periodista español reflejó su experiencia de viaje por el Caribe antillano. La autora busca allí dilucidar las condiciones que hicieron posible esa representación de la situación de las ex colonias españolas y lo condujeron hacia un total escepticismo respecto a las posibilidades de afirmación soberana de esas naciones. Posteriormente, Alexandra Pita González y María del Carmen Grillo exploran las influencias modernistas, anarquistas y arielistas del escritor argentino Alberto Ghiraldo a fin de comprender las imágenes y los símbolos con que ese intelectual elaboró su denuncia del imperialismo norteamericano y su contrapropuesta defensiva de unión hispanoamericana en *Yanquilandia Bárbara* (1929). El artículo de Fabio Moraga recorre el trabajo *El nacionalismo continental* (1925, ampliado y reeditado en 1935) de Joaquín Edwards Bello para desentrañar la evaluación del escritor chileno acerca de la condición de decadencia en que su propia nación —y América Latina en general— se encontraban tras la independencia y escrutar su ideal de unidad continental con el que aspiraba a asegurar la preeminencia de la nación chilena. El anteúltimo ensayo corresponde a Martín Bergel quien, a partir del estudio del itinerario juvenil del apista peruano Manuel Seoane y del registro de su viaje a Bolivia publicado en el libro *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia* (1926), aborda los momentos primigenios de la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) a fin de iluminar algunas de las prácticas desarrolladas por su núcleo inicial y la conformación de su

ideario político en el cual el antiimperialismo ocuparía un lugar central. Finalmente, el artículo de Carlos Marichal Salinas se propone una tarea que permanece aún poco explorada por los historiadores latinoamericanos: la pesquisa del universo de escritores antiimperialistas norteamericanos. En ese sentido, el autor reseña parcialmente los principales autores, libros y revistas que conformaron ese espacio intelectual y se detiene luego en la revisión de *Dollar Diplomacy: a study in american imperialism* (1925) de Nearing Scott y Joseph Freeman el cual ha sido uno de los textos más influyentes de esa tradición.

Los ensayos incluidos en *Pensar el antiimperialismo*, tal como proponen Pita González y Marichal Salina, amplían el repertorio de discursos críticos y denuncialistas del intervencionismo y expansionismo norteamericano sobre la región formulados tanto por intelectuales latinoamericanos como, también, por estadounidenses entre 1900 y la década de 1930. Asimismo, refieren al modo en que sus reflexiones sobre el desarrollo del gran coloso permearon sus propias consideraciones sobre la identidad latinoamericana resultando, en mucho de los casos, en una recuperación positiva del legado hispánico cuyos valores e ideales eran contrapuestos a los de la civilización sajona o anglosajona. Pero, tal vez, lo que trasluce con mayor fuerza en los distintos artículos es la preocupación que esos intelectuales mostraron por la afirmación de la soberanía de sus naciones tanto como por las vías y posibilidades de asegurar su progreso. Sin duda, estas problemáticas anidan en todas las expresiones antiimperialistas del período pero, quizás, sea posible sopesar en qué medida las preguntas que reflejan estos textos remiten principalmente a una cuestión identitaria o si se articulan mejor en torno a los interrogantes que sus propias coyunturas abrían acerca de la factibilidad del ingreso de los países de América Latina en la senda de la modernidad.

Silvina Cormick
(UNQ)

A propósito de Mina Alejandra Navarro, *Los jóvenes de la "Córdoba libre!"*. Un proyecto de regeneración moral y cultural, México, Nostromo Ediciones, 2009, 235 pp.

En *Los jóvenes de la "Córdoba libre!"*, Navarro nos invita a descubrir a la "generación del 14"

cordobesa, esto es, a los jóvenes intelectuales que en 1916 se reúnen para dar vida a la *Asociación Córdoba libre* y, una vez iniciada la Reforma Universitaria, se convierten en su usina ideológica. Aunque algunas notas de la época y memorias señalaban a los miembros de la asociación como protagonistas clave de la modernización cultural de la ciudad y específicamente de la Reforma, no se contaba aún con una reconstrucción de los principales episodios y figuras, ni con un análisis de su relevancia. Navarro llena ese vacío, pues no sólo presenta las ideas de los jóvenes profesionales que, como Deodoro Roca, Saúl Taborda, Arturo Orgaz y Arturo Capdevila, se reconocían miembros de la generación del 14, sino que además se preocupa por las instancias materiales implicadas en la circulación de esas ideas. Los cuatro capítulos del libro arrojan luz sobre las características de la regeneración intelectual y moral emprendida por "*Córdoba libre!*": la trayectoria intelectual de sus protagonistas, la resistencia pública que opusieron los partidarios de la cultura clerical, así como el apoyo ofrecido por los impulsores de la modernización laica, el aliciente que significó la llegada a la ciudad de Ortega y Gasset a fines de 1916, y también los contactos con fracciones renovadoras porteñas como el Partido Socialista y el activo —y hoy prácticamente olvidado— Ateneo Universitario. Esta cuidadosa investigación realiza un aporte sustantivo a la historia de la cultura cordobesa y de la universidad argentina, aporte que se inscribe dentro de un conjunto de trabajos recientes que vienen enriqueciendo la mirada sobre ambos campos.

En el primer capítulo, Navarro se detiene en la genealogía que construyeron los jóvenes del 14 con la Asociación de la Joven Generación Argentina de 1838, y descubre allí un hilo significativo para revisar la historiografía sobre el proceso de modernización cordobés. Mientras que en Buenos Aires tendieron a oponerse liberales y conservadores, en Córdoba se registraría una dialéctica entre clericalismo y laicismo. Pues, a pesar de que desde Sarmiento la "ciudad docta" quedó asociada a lo reaccionario y monacal, Navarro registra la existencia de una fracción laica que entró tempranamente en tensión con la cultura clerical, y que a partir del impacto de la Gran Guerra se preguntó por la posibilidad de una "democracia americana". Además de los itinerarios de Roca y Capdevila, un índice de ese laicismo es el hallazgo de "Las ideas sociales de Echeverría", monografía escrita en 1912 por Orgaz y reproducida en el Anexo del libro. El interés programático por el protagonista más